

critores se aventuran temerosos unos, atrevidos otros. Son tanteos en que con demasiada frecuencia se advierte el nerudismo, un premeditado hermetismo insubstancial, un sensismo intrascendente o la superexaltación del instinto. No basta escribir versos. Hay que crear poesía.

Hay esperanzas, fundadas en un futuro promisor. ¿Quiénes son? Todavía es prematuro decirlo.

<https://doi.org/10.29393/At360-233IOFD10233>

“ITINERARIO DEL OLVIDO”, de *Matías Rafide*

Este presente nos viene de Curepto, el pueblo costero de la zona central, que vive en el silencio de la soledad, rodeado de una exuberante naturaleza. Por sus calles aún camina Pedro A. González, el poeta que señaló nuevos horizontes a la lírica chilena.

En 1950 entrega al público *La Noria*, su primer libro de versos; en 1952 *Ritual de Soledad* y en 1955 *Itinerario del Olvido*. Maestro por profesión y vocación, prepara una *Literatura Chilena* (Apuntes Elementales) que vendrá a sumarse a las ya existentes. Como se ve es un valor joven, que recién se asoma al mundo de las letras y con un libro cada dos años. Es bastante.

Juvencio Valle, un consagrado, prologa *Itinerario del Olvido*. Es buena credencial. “La visión interna del poeta —dice— parece estar acondicionada a la difícil topografía de su tierra. Su expresión corresponde exactamente a esa forma de mimetismo espiritual o de conformación refleja, creada corazón adentro” (página 12). Exacto. Es la real impresión que nos deja *Itinerario del Olvido*:

*Mi corazón percibe opacos sueños
y es de noche, un ceniciento mapa abandonado.*

Poesía en tono menor, triste, nostálgica, por momentos, amarga, sin luz que alegre o por lo menos nos haga esbozar una sonrisa,

¿La causa? En una página blanca como un sudario está la clave: *A una mujer. Amada en el silencio...*

Rafide es terriblemente subjetivo, en el que la nostalgia se transforma en tragedia. Acentúa en tal forma lo amargo que nos lo imaginamos solitario, cabizbajo y sollozando. La misma naturaleza con su sinfonía de colores es captada a través de un prisma opaco, que a la larga hiere la vista y oprime el espíritu.

Un análisis detallado de las imágenes y en general, de la forma poética, que señala ciertamente innegables cualidades artísticas, nos revela versos enlutados. Léanse, por ejemplo, "Itinerario del Olvido", "Cada cifra marchita tiene su propia muerte", "Tu ausencia solloza en mi corazón", "Vencida Niebla", o cualquier otro poema y se encontrará siempre el *leit-motiv* quejumbroso. Cuando uno cree que el cuadro se va a iluminar con un destello aunque sea pálido, un nuevo clamor doloroso esfuma la esperanza.

Así, su vida "*es soledad que como una sombra, retiene su sangre*"; la sintetiza en un "*buscar siempre una imagen, que no sea una luna de tristeza*" ("Mástil y Estrella"); vive "*sumergido en el vacío*"; es un "*prisionero invariable del silencio*" y "*peregrino desolado*"; si habla de la red, ve en ella "*peces muertos*"; si encuentra una cruz es la del olvido, la del "*abandono*"; el día es un "*suicida*"; la "*isla está recortada en el silencio*"; si sueña con unas manos, lo único que le sugieren es "*la tristeza absoluta*"; su "*alegría solloza*" y si desea que vuelva la amada no debería hacerlo con su "*traje de lágrimas ni orquestaciones de besos*" (pág. 33). Creemos en la sinceridad de Rafide de lo contrario este "sollozo cósmico" se haría insoportable.

Itinerario del Olvido es la expresión de un verdadero poeta, que se ha encerrado en su "yo". Hay ansias vitales, hondura de sentimiento. Le invitamos a que amplíe su horizonte a que abandone cierto hermetismo inhibitorio. Salga fuera de sí, rompa con este "egocentrismo" que a la larga se puede tornar perjudicial, desvirtuando las claras potencialidades que posee.

Recuerde que el "Himno de la Alegría", de Schiller se hizo dos

veces inmortal en manos del sublime trágico de Bonn y que nadie ha entonado más alegres Rondas y Canciones de Cuna, que el poeta de los "Sonetos de la Muerte".

"RETORNO AL AIRE", de *Fernando de la Lastra*

Angel Cruchaga Santa María escribe el "Pórtico". Como se ve, los maestros consagrados y laureados, apadrinan a los que se aventuran temerosos. Son dignos de aplauso. Por esto mismo empezamos su lectura con simpatía, acrecentada por el hecho de haber sido alumno. Hay que proceder entonces con suma cautela para no ser víctima de la "Lastrafilia".

Fernando de la Lastra y Matías Rafide tienen evidentes puntos de contacto y no pequeñas diferencias.

Ambos viven en la soledad, más aún en un desamparo esencial. Sin embargo, de la Lastra por momentos se torna objetivo, aunque allá en la lejanía está siempre su "yo". Rafide es siempre subjetivo. Parece que se abandonara por instantes. No hay tal. Se prolonga, absorbe al universo, le comunica su soledad, su nostalgia y su dolor y entonces todo llora y es un "caracol solitario", "un prisionero invariable del silencio".

Los poemas incluídos en "Por el Camino" (primera parte del libro), son hermosamente descriptivos. Allí vemos a la "monacal hormiga", "con sus austeras ropas franciscanas" (la imagen es antojadiza), "trabajadora infatigable", "un mar en una gota de agua". En este trozo en que se cantan loas a la "diosa de las miniaturas", nos ofende ya cierto "prosaísmo", consecuencia natural tal vez del verso libre, que manejado sin dominio, hace que desaparezca cierto ritmo interior, que no está encadenado por cierto a la rima, como algunos creen. No consiste la poesía en separar las frases en distintos reglones. Hay más lírica en la prosa del Jiménez, que en muchos versificadores de oficio. Sin embargo, "la poesía" en su aspecto formal encierra estos otros elementos que no hay que despreciar.